

La academia: entre la ética y el neoliberalismo



El neoliberalismo imperante en nuestra sociedad nos induce a olvidarnos de los principios éticos. Incluso, actualmente, en el medio académico prevalece el interés individual frente al colectivo y “triunfar” es sinónimo de hacer dinero.

Roberto Carmona

Este escrito no pretende ser un tratado exhaustivo, pues su objetivo es más bien invitar a la reflexión a todos los involucrados en el quehacer académico. Empezaré con un par de definiciones, en extremo simplificadas: pretendo que el comportamiento ético sea entendido a lo largo de este trabajo como la forma correcta de comportarse, so pena de ahondar en la definición en cualquier texto de ética. Por su parte, la corriente neoliberal puede ser resumida en la frase “el fin justifica los medios”.

De entrada, salta a la vista que las dos definiciones son antagónicas. Esto es, si yo pretendo comportarme correctamente en todas las situaciones, en algunos casos tal comportamiento no favorecerá la obtención de “mi fin”, por lo que, ante esta disyuntiva, tengo que romper con uno de los dos paradigmas. Este escrito (y todos los semejantes) estaría de sobra

si siempre el buen comportamiento fuera aparejado con la obtención de los logros planteados. Si tal cosa fuera cierta, no habría por qué preocuparse, como en los cuentos rosa (o las telenovelas), donde siempre (al final, obviamente), al “malo” le va mal y al “bueno” le va bien.

Dado que en la vida no todo es blanco o negro, constantemente todos nosotros (en la academia y fuera de ella) tenemos que escoger entre comportarnos adecuadamente o comportarnos como nos favorece (el trillado *ser o no ser* de Hamlet). El camino que seleccionemos estará en función de nuestra formación, la cual proviene de las más variadas fuentes, iniciando en el hogar materno pero siendo modificado (para bien o para mal) por la escuela, los amigos, la televisión y, en fechas recientes, por esa pareja a la vez fabulosa y aterradora, la computadora y el internet, entre otros.

A manera de ejemplo, imaginemos el caso de Juanito, un niño criado por una familia más bien anodina, aunque con un comportamiento ético aceptable. Dado que Juanito proviene de la clase media baja, donde pagar un tutor es imposible, sus padres recurren a la nana más barata, la televisión.

Juanito constantemente está siendo bombardeado con anuncios que indican a las claras que para ser una persona exitosa debe poseer un buen carro, una buena lavadora, secadora, casa y hasta desodorante. Por otra parte, se le indica (por la misma vía), sobre todo en esas malas series norteamericanas (ahora patéticamente copiadas por nacionales), que lo peor que le puede ocurrir es “ser un perdedor”: alguien que no tiene una buena casa, un buen carro, etcétera; es decir, aquel que no tiene el poder económico para comprar estos satisfactores.



Imaginemos a Juanito cuando su madre lo manda a la tienda de la esquina a comprar cualquier cosa. El abarrotero (ahora también en desuso por los supermercados) le entrega dinero de más en el cambio. Dinero que puede traducirse, al menos el día siguiente, en una buena dosis de popularidad, pues estaría en posición de invitar papitas y refrescos a gran parte de sus compañeritos, alejándose, al menos temporalmente, del aborrecible término de “perdedor”. ¿Qué hará Juanito? Sobre todo si consideramos que su familia nunca ha insistido mucho en el tema del buen comportamiento.

Empeoremos la situación imaginando que Juanito constantemente oye los reclamos de su madre hacia su padre, en el sentido de que es un mediocre, “que nunca va a salir de perico-perro” y, en suma, que debió casarse con el tendero, que aunque es un ladrón que constantemente adultera los precios, al menos mantiene a su familia “decentemente” (podemos imaginar que lo que la señora considera “decente” se relaciona directamente con el dinero). La suerte del dinero del abarrotero estará prácticamente echada.

Pongamos un velo discreto para que nuestro personaje pueda tomar su decisión a solas y recorramoslo en el cumpleaños decimotavo de Juanito, que por cierto en dos semanas iniciará su carrera universitaria.

A lo largo de mis 16 años como docente (32 generaciones de estudiantes), he visto con tristeza que cada vez predomina más el individualismo a ultranza. Es quizá por aquella generación que inició su carrera en 1990 cuando, a mi juicio, se nota el parteaguas. De ahí en más, la mayoría de los estudiantes dejaron de ser unidos y al son de “eso a mí no me importa” se olvidaron de las luchas colectivas. Incluso, para mi total sorpresa, se han

A lo largo de mis 16 años
como docente
(32 generaciones
de estudiantes),
he visto con tristeza
que cada vez predomina
más el individualismo
a ultranza

dado casos en que esconden los libros de la biblioteca para que los demás compañeros no los puedan consultar. O lo que pasó con un grupo particularmente notorio a este respecto, en el que al tratar de fijar fecha para un examen, una alumna dijo algo como “a mí me da lo mismo, pero como fulano lo quiere el lunes, yo voto por el viernes”. ¿Que pasó a lo largo de los años? Probablemente Juanito haya entrado a la universidad.

Un punto que implica una seria reflexión es que, si en la edad en la que por antonomasia se tiende a ser idealista (17 a 24 años) estamos teniendo en las aulas universitarias una bola de Juanitos, ¿qué podemos esperar de éstos cuando maduren? Es deprimente pensar en la poca conciencia social que llegarán a tener como profesionistas. Imaginemos que Juanito se tituló en medicina o abogacía (o cualquier carrera): ¿qué puede esperar la sociedad de él? Es pertinente recordar que dicha sociedad (o

sea todos nosotros), salvo que haya cursado su carrera en una escuela privada, costó sus estudios.

En relación con lo anterior, yo no tendría empacho en competir con otro profesionista (por un proyecto, por una plaza, etcétera), si estuviera seguro de que éste iba a actuar limpiamente, pero para algunos miembros de las recientes generaciones, de nuevo bajo la idea de que “el fin justifica los medios”, tal comportamiento es prescindible.

Con lo anterior no quiero decir que todos los nacidos en los sesenta o antes seamos honestos, ni que todos los nacidos a mediados de los setenta no lo sean. Pero sí invito a reflexionar, a los maduritos, sobre los cambios que paulatinamente se han ido dando en el comportamiento estudiantil, comparándolo con lo que a nosotros nos tocó vivir y a los nuevos integrantes de las filas universitarias en relación con el comportamiento propio y el de sus compañeros.

Relaciono lo anterior con el auge del neoliberalismo porque éste nos ha enseñado que “triunfar” es sinónimo de hacer dinero. De manera similar, muchos estudiantes y profesores han olvidado sus tareas básicas y ven la academia no como un modo honesto (y altamente gratificante) de vivir decorosamente, sino como una posición que permite acceder al dinero. Tal forma de actuar ha sido adoptada por los profesores y se está popularizando entre el sector académico. En mi campo de trabajo (la biología marina), en fechas recientes existe la posibilidad de allegarse dinero extra realizando estudios de impacto ambiental, lo cual sería muy loable si éstos se llevarán a cabo de manera profesional. Desgraciadamente, cada vez abundan más los académicos que los realizan de una forma peor que mediocre y que incluso tocan tópicos sobre los cuales no tienen la menor idea. Claro, así la paga es mayor porque en lugar de trabajar con un grupo taxonómico se abarcan cuatro o cinco.

A este respecto, recuerdo claramente dos retazos de conversación. Alguna vez cuestioné a un reconocido científico: por qué había hecho un trabajo sobre un tópico que le era totalmente ajeno. Me contestó algo así como “de que lo haga mal yo, a que lo haga mal otra gente y ésta se embolse el dinero, mejor lo hago mal yo”. La otra experiencia, igual de patética, fue cuando a un profesor (los temas son totalmente inventados), especialista en rotíferos, se le preguntó si conocía a alguien que pudiera realizar la parte del estudio de impacto relacionada con mamíferos. Lo que escuché me dejó perplejo: “yo me lo echo”.

El problema se recrudece al recordar que tales maestros las más de las veces están formando recursos humanos. ¿Qué podemos esperar de dichos recursos, si ya de por sí vienen con su

El auge del neoliberalismo nos ha enseñado que “triunfar” es sinónimo de hacer dinero

carga neoliberal y se les remata mostrándoles la manera anteriormente descrita de actuar? Recordemos que las formas de comportamiento son copiadas, al menos en parte, por nuestros alumnos, por lo que si se les muestra una forma incorrecta de actuar, luego no nos debe sorprender que la repitan. Hago un llamado (ojalá no suene ocupado) a que los profesores estimen en su justa medida su papel como ejemplo de futuras generaciones de profesionistas.

Peor aún, pensemos qué pasará cuando a los alumnos de esos maestros les toque a su vez la tarea de formar recursos. Es fácil imaginar el círculo vicioso en el que se está cayendo. En el mejor de los casos formarán a gente con los mismos vicios que los que ellos aprendieron de sus mentores. O quizá logren superarlos, formando así no un círculo sino una espiral viciosa.

Lo sorprendente es que, por lo menos en hipótesis, los maestros y alumnos universitarios representamos la parte de la sociedad que más acceso ha tenido a la educación. Por lo que si en la academia se dan los malos comportamientos, ¿qué se puede esperar del resto de la sociedad? Utilizando la misma lógica que cuando invitaba a la reflexión a los maestros, por ser ejemplo para sus alumnos, ahora invito a la reflexión a la academia en su conjunto, pues somos o deberíamos ser ejemplo para la sociedad.

Recordando mis raíces biológicas, el mal comportamiento tiene que ser positivamente “seleccionado”; si no, no existiría. Veamos un ejemplo en tres actos:

Pensemos en un estudiante que prepara sus exámenes con particular minuciosidad, y obtiene digamos un 80 de calificación. Imaginemos la frustración que siente al observar a su lado a una persona que no estudió pero que durante el examen copió lo suficiente para obtener un 90. Quizá el primer estudiante argumente para consigo mismo que el segundo no aprendió, pero, ¿le interesa a éste aprender? Creo que no, pues lo que quiere es una calificación alta y, como “el fin justifica los medios”, cumplió su cometido. La cuestión es que si la historia se repite, es probable que el estudioso decida cambiar de bando.

Supongamos que no lo hizo y que ambos terminaron la carrera satisfactoriamente (bajo los cánones numéricos). Los



dos inician la elaboración de sus tesis. Mientras que el primero busca un tema que en verdad lo satisfaga, el segundo se pone feliz cuando algún maestro le ofrece una base de datos que no ha tenido tiempo de procesar y de la que el estudiante no sabe nada. De inicio, el segundo empieza con ventaja, pues ya cuenta con los datos. Es probable que termine en la mitad del tiempo. Por lo que, para cuando el primero concluya su tesis, el otro irá a la mitad de una maestría. Dado que las instancias otorgadoras de becas no cuentan con mecanismos capaces de averiguar qué tanto aprendieron, es obvio que el segundo “tuvo mucho mejor desempeño”. La historia puede repetirse para las tesis de maestría y doctorado. Por lo que la persona que ha tratado de obrar correctamente es probable que se doctora a los 35 o 40 años, mientras que el otro lo hará, digamos a los 30. Cuando el primero termine, quizá la plaza ya esté ocupada por el segundo. ¿Entonces, a quién favoreció el sistema?

Imaginemos que, aunque con diferencia de tiempos, ambos logran insertarse en la academia. Inician sus labores de investigación, el

primero (que aparentemente se niega a aprender las lecciones) decide hacer trabajos interesantes y novedosos (en general largos), obligando a sus tesis a verdaderamente aprender (desde cómo generar datos, cómo analizarlos, etcétera). El segundo, en contraste, inicia investigaciones rutinarias y nada novedosas, y en ese tenor dirige sus tesis. Al cabo de tres o cuatro años, el primero tendrá una publicación y dos tesis dirigidas (permítanme inventar), mientras que el segundo tendrá cinco publicaciones y seis tesis dirigidas. ¿Qué pasará cuando ambos sean evaluados? Es muy probable que, de nuevo, el sistema favorezca al comodino.

Podría seguir manejando ejemplos, pero la idea está expuesta: muchas veces el mal comportamiento es seleccionado positivamente en la academia. Por lo que ahora la pregunta es: ¿qué debemos o podemos hacer?

Lo más fácil y cómodo es cambiarse de bando y empezar a actuar bajo las mismas reglas (o ausencia de éstas), lo cual, aunque es probable que represente la solución a nivel personal, de ninguna forma lo es en el contexto general. Por otra parte, tampoco es viable oponerse de manera sistemática a todo y decir, por ejemplo, “a mí me interesa aprender, así que no importa si me tardo diez años en hacer la tesis”. Creo que dicha reacción representaría el extremo y sería de poca utilidad, tanto a nivel personal (se doctorará a los 55 años), como a nivel global, pues la persona que así reaccionara tendrá pocas posibilidades de insertarse en las partes del sistema donde pueda colaborar en un cambio de actitud.

Lo que recomiendo puede resumirse en una frase: *trabajar muy duro*. Esto es, trabajar y producir lo suficiente como para no requerir de argucias para sobresalir. Claro, esto “cuesta más”, pero a la larga es también más satisfactorio. Como ejemplo, no se puede (o debe) pedir a un estudiante de licenciatura que realice su trabajo de tesis en cuatro años, pero sí puede exigírsele que aprenda lo suficiente para que ésta cumpla su cometido de enseñanza.

Tampoco nos podemos esperar a crear una base de 10 o 15 años de información antes de publicar nuestro primer artículo, pero podemos producir artículos serios y profesionales, cuidando desde la misma toma de datos.

Sé que estoy dejando muchos cabos sueltos; sin embargo, espero que el objetivo de invitar al lector a la reflexión esté cumplido. Como oración final, permítanme insistir: no podemos evitar el comportamiento neoliberal en toda la academia, está por fuera de nuestro alcance, sobre todo mientras el sistema no se modifique lo suficiente como para no favorecerlo. Pero es nuestro deber hacerlo en el ámbito de acción que nos corresponde, y repito: la mejor forma de evitar tentaciones es trabajar muy duro.

Roberto Carmona realizó estudios de licenciatura en Biología Marina en la Universidad Autónoma de Baja California Sur, y de maestría en Ciencias Pesqueras en el Centro Interdisciplinario de Ciencias Marinas del Instituto Politécnico Nacional. Actualmente realiza el doctorado en Oceanografía Costera en la Universidad Autónoma de Baja California. Es investigador en el Departamento de Biología Marina de la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, tiene 16 años como docente y realiza estudios en el área de Ecología de Aves Acuáticas en Baja California Sur.
beauty@uabcs.mx